

## HARTOS DE LAS DOS ESPAÑAS

Junio 2018

El pobre poeta se moriría de vergüenza si pudiera levantar la cabeza. Su queja sobre **“una de las dos Españas...”** empieza a quedarse muy antigua; no solo porque, como he dicho en algún otro artículo, ya son las dos Españas las que nos hielan el corazón cada día, sino porque ahora tendría que actualizar el número de esas **“Españas”**... Ya no se sabe cuántas podrían ser, ya que, por un lado, está la división clásica derecha/izquierda, sino que, dentro de ellas, el personal se subdivide como por ensalmo y se cultiva el “odio fraterno” con enorme facilidad, y por el otro, volvió la fiebre de los “reinos de taifas”... Todo esto mientras se intenta fortalecer un marco de relación estable en ese mosaico que es la Europa cuna de la civilización occidental, ahora que a **esta civilización** se le acusa de todos los males de la Humanidad, pese a que sigue siendo **el lugar hacia dónde se dirigen todos los perseguidos y los que carecen de futuro de las demás partes del mundo.**

Cuando hace varios años empezó a surgir la indignación por la crisis económica que tan bien supieron aprovechar algunos para montarse *su chiringuito*, muchos decían que eso era bueno, ya que la democracia era participación en la vida pública y que la existencia de más actores políticos iba a dinamizar el Parlamento y a favorecer la puesta en práctica de políticas más centradas en el conjunto de la ciudadanía o, cuando menos, en la parte de esa ciudadanía que, se decía, antes estaba marginada por la esclerotización de los pocos partidos entonces existentes.

La dinamización, según la entendamos, parece que sí se ha producido, pero el **que se hayan puesto en marcha iniciativas**, no digo ya de favorecimiento de la ciudadanía o de algunos segmentos de ella, **sino para aplicar cualquier tipo de políticas, parece que más bien poca cosa.** Y ello, porque eso de que la diversidad es buena puede ser un buen eslogan pero dista mucho de ser verdad cuando **los actores tienen metido entre ceja y ceja que su objetivo es imponer a los demás su visión de las cosas** y no la búsqueda de los acuerdos necesarios para crear mayorías suficientes para, efectivamente, poner en práctica actuaciones y procesos que permitan los cambios que sea menester. Y esa mentalidad dogmática estaba en el origen de aquellas movilizaciones.

Varias décadas de activismo en diversos ámbitos y un seguimiento de la vida pública amplio desde un punto de vista que, por deformación profesional, trataba de ser objetivo aunque uno tuviera su *“corazoncito”*, me hicieron escéptico respecto a esos supuestos efectos positivos casi desde el surgimiento de esa movilización. Pero no pensé que se llegara al nivel en que hoy nos encontramos en España, tras la transición de la

dictadura franquista a un sistema democrático homologable con cualquier otro de la Europa a la que aspirábamos a sumarnos que se dio en considerar ejemplar, tal vez con demasiada buena voluntad y rapidez.

Creo que **en estos últimos años se ha acentuado la tendencia al maximalismo** que nos caracterizó a los españoles durante tanto tiempo. Y en los dos planos que más arriba señalaba: **la división ideológica y la territorial**. Empezando por esta última, no hay más que ver el renacer de las cuestiones identitarias no solo en zonas que siempre las tuvieron sino en otras en las que son tan impostadas, minoritarias y hasta sublimadas de tal forma que parecen inventadas ex profeso para generar barreras en territorios donde, el paso de los siglos, ha creado sociedades complejas de múltiples orígenes, culturas y sensibilidades. Ya no son los estereotipos regionales clásicos que alimentaron las rencillas y disputas de otros tiempos, sino que revelan el desprecio, la xenofobia y el supremacismo con que algunos ven a otros; el caso más expresivo es la sarta de opiniones de personajes independentistas de Cataluña sobre sus conciudadanos originarios de otras tierras y **el hecho de que estas opiniones no encontraran el rechazo masivo de esa sociedad** que, por otro lado, pretende difundir el mensaje de que “el pueblo catalán acogió con generosidad a los inmigrantes que fueron allí para buscarse un futuro mejor”, mensaje cuya base real no trato ni de ratificar ni de desmentir, pero que, como poco, solo muestra una parte de la realidad y, por tanto, más parece un instrumento de propaganda.

Me hubiera parecido normal que este renacimiento se hubiera producido durante los años del centralismo dictatorial del franquismo, de la “España una, grande y libre”, del nacionalcatolicismo, de la exaltación de la “raza española”..., porque, en definitiva, la oposición a algo tiende a crear su contrario; pero, que esto ocurra cuando, por primera vez en la Historia de España, se ha creado y mantenido durante varios decenios un sistema descentralizado y respetuoso con las distintas identidades particulares forma parte de los enigmas cuya explicación no parece fácil.

Respecto a la división ideológica, cuando se hizo la transición quedó claro que, aunque el régimen franquista había sido una dictadura fascista, sus muchos años de duración habían creado una sociedad distinta a aquella que se embarcó en una guerra civil que muchos observadores externos calificaron de extremadamente cruel por ambos bandos. Al margen de consideraciones sobre ella, es de destacar que **los votantes españoles de Junio de 1977 eligieron mayoritariamente a actores que trataban de superar aquel conflicto y dejaron en completa minoría a los partidos que ellos consideraron eran los más representativos del mismo**: Alianza Popular y Fuerza Nueva, en la derecha más o menos cercana al franquismo, y la “sopa de siglas” que había en la extrema izquierda, dejando también sin mucha representación al Partido Comunista pese a que éste se había significado en los anteriores veinte años por su política de “reconciliación nacional”.

Aunque ahora se olvide fácilmente por demasiada gente, la actitud de “vamos a dejar de lado el pasado” vino impuesta por la votación de los españoles el 15-J de 1977, y no por las decisiones conscientes de las dirigencias políticas, que, también es cierto, consideraron necesario que el paso del tiempo diese oportunidad a hacer algo por devolver la dignidad a los derrotados de la guerra civil. Desgraciadamente, el tiempo lo que dio paso fue a un olvido de esas intenciones, acentuó las disputas partidarias, pudrió las reivindicaciones justas de los derrotados y dio paso a nuevos actores cuya intención en la vida pública actual, más que mejorar las relaciones entre los españoles, parece ser la de acentuar las divergencias y provocar nuevos enfrentamientos.

El resultado es que no solo se ha incrementado la polarización entre los partidos sino también en la sociedad; no hay sino que recordar el bloqueo que se dio tras las elecciones de 2015, con la incapacidad del Congreso para elegir un presidente y un gobierno, total para llegar a Junio de este año y... elegir al candidato de entonces. **¿Quién nos devuelve a los españoles los dos años y pico perdidos por culpa de los partidos intolerantes?**

Si reducimos las posiciones en los dos planos que antes señalábamos, nos encontramos con una, cuando menos, extraña alianza. Resulta que los defensores de las identidades propias y excluyentes de los nacionalismos regionales encuentran más comprensión entre una parte de los herederos de la corriente que históricamente alardeó del “internacionalismo proletario” que quiénes **defienden (defendemos) la idea de una superación (que no olvido) de las diferencias para encontrar un terreno común** (que los hay, y en muchos más ámbitos que las ideas políticas: la cultura, los valores, la forma de vernos dentro del mundo...).

Esta espuria alianza se construye sobre la presentación de sus contrarios como “**los representantes de la otra España**”; es decir, nacionalistas regionales e izquierdistas no solo forman un bloque que multiplica sus alianzas (en las comunidades autónomas, en los posicionamientos importantes en el Congreso, etc) sino que, conjuntamente, presentan a casi todos los demás como “las derechas” y “los centralistas”. Y al revés, por supuesto. Dicho en términos partidarios: para los diversos partidos nacionalistas y para Podemos (y hasta una parte del PSOE), el Partido Popular, Ciudadanos y todos los que defendemos la Constitución son el enemigo a batir, sin que quepan distinciones. Lo han demostrado con la moción de censura: la torpeza estratégica de Ciudadanos en su posicionamiento en la moción (que, a tenor del discurso que se hizo en el debate, debió ser de abstención) ha servido para que los otros sentencien: “*se ha quitado la careta*”; siempre buenos y malos, sin matices.

Lo que hay detrás de todo esto es, simplemente, la comodidad, la incuria, la dejadez, la molicie de no querer analizar los múltiples aspectos de los problemas con sus perfiles y aristas, con sus análisis y argumentos, con sus explicaciones e implicaciones...

Unas **actitudes que son hijas de la intolerancia y, en definitiva, de la falta de sentido democrático y de una mínima empatía hacia los que no piensan como ellos**. O, tal vez, un cálculo que parece quedar explícito en las conclusiones de Pablo Iglesias tras su entrevista con el “nein honorable” Quim Torra: las reivindicaciones de una nueva república y de un nuevo status político-jurídico de la Generalitat catalana van a ir juntas. **Populistas y nacionalistas ponen sus objetivos desestabilizadores del país por delante de la puesta en marcha de otras políticas.**

Es evidente que esto tuvo su repercusión en la otra parte del espectro político. El bastante deprimido nacionalcatolicismo español de los años ochenta y noventa del pasado siglo parece renacer, en parte, aunque, en mi opinión tiene connotaciones muy diferentes de las que tuvo durante la dictadura. Como decía, la sociedad española tras el franquismo había superado mucho la radicalidad del enfrentamiento civil y, en todo caso, los sectores más maduros lo que conservaban era el miedo a la generación de un ambiente como el que provocó la guerra, junto a un conservadurismo católico pero escasamente militante, con excepciones notables y de peso en el seno de la Iglesia y en algunos poderes del Estado, pero mucho menos en el conjunto de la sociedad.

Lo que sí empezaron a ponerse de manifiesto fueron algunas ineficiencias y disfunciones del Estado creado en la transición, como el sistema de las autonomías, que elevó considerablemente el gasto público en el sostenimiento de la clase política, que, por otro lado, montó sistemas clientelares en algunas de las comunidades autónomas y fue diseminando un ambiente de corrupciones que, con la crisis iniciada a finales de 2007, fueron pasando facturas a la ciudadanía en general, hasta hacer intolerable la continuidad del sistema tal y como estaba montado; en ese ambiente crecen tanto el populismo crítico de la transición como la idea de recentralización de muchas políticas públicas. En ese enfrentamiento, **el nacionalismo catalán**, como hizo durante la Segunda República, **entiende llegado el momento de volver a su aventurerismo independentista**, preparado sigilosamente en los años de su aparente colaboración al gobierno de España, tanto con el PSOE como con el PP, que, por otro lado, tantos réditos le dio en aquéllos años.

Mientras los independentistas catalanes y vascos (no nos olvidemos del intento de Ibarretxe, al amparo todavía del terrorismo de ETA) remarcaban su identidad, **la izquierda española evitaba a toda costa “contaminarse” del nacionalismo español** que, decía, impregnaba al PP (a la odiada “derecha”), pese a que ésta negociaba con los nacionalistas tanto como el PSOE e incluso Aznar “hablaba catalán en la intimidad”. Pero es cierto que su marginación en la negociación del Estatuto catalán de comienzos de este siglo le provocó tal ataque de histeria que puso en marcha una dinámica política que, a la postre, se demostraría suicida tras la sentencia del Tribunal Constitucional sobre un Estatuto que contenía bastantes asideros para desencadenar reivindicaciones posteriores que llegaran adonde llegó el *procés* de estos últimos tiempos.

Aterrizando en el presente, hoy prolifera, **en ambos bandos, descalificaciones del contrario que llegan hasta considerar que cada cual es el único que tiene derecho a gobernar**, lo mismo que son ellos los únicos que aspiran a crear un futuro mejor... Se trata, en ambos casos, de conclusiones sin base alguna en la realidad, de meras actitudes propagandísticas y, sobre todo, que olvidan que **la ciudadanía de España ya no admite aquello de “o conmigo o contra mí”**, no está compuesta sólo por franquistas y “rojos”, no quiere estar pendiente todavía del pasado sino que quiere **construir un futuro** y, para ello, se **necesitan condiciones de mayor sociabilidad, de menos intolerancia, de mayor empatía**... En definitiva, que somos muchos los que recelamos de ambos bandos y que estamos hartos del secuestro que quieren hacer del conjunto del país y del debate político y social. Y que estos muchos estamos en todos los sitios, en todos los escenarios, en todos los sectores sociales y en los muchos campos de la actividad pública y privada.

Estamos, por supuesto, en los partidos de derechas, de centro y de izquierda; para ello, basta con que, **en vez de estar con los discursos sectarios de los dirigentes de los partidos, expresemos nuestras ideas políticas y propuestas de actuación como aspiraciones a analizar y debatir ordenadamente en la sociedad junto a las de los demás**, aceptemos que los demás pueden tener razón (o razones) y que podemos rebajar nuestras aspiraciones en aras a la búsqueda de acuerdos; convengamos que la representación política y la actuación dentro de la ley es la única vía para afrontar el gobierno del país y que éste debe ser ejercitado para todos por todos los poderes que de ella emanan.

Estamos, por supuesto, **en la cultura y en la vida social**; para ello, lo único que se nos pide es **que no descalifiquemos a quiénes presentan propuestas, dicen cosas, o representan cosas distintas a las nuestras** (no a los “Valtonic”, no a los que acusan de “anticristo” a cualquiera) y que la diversidad del país precisa la búsqueda de cuestiones que nos unan y nos permitan relacionarnos, sobre la base de que todos somos personas individuales y que cada cual se busca los colectivos que le interesen o le apetezca.

Estamos **en el trabajo, en la empresa y en el ejercicio liberal de todas las profesiones**; somos empresarios que piensan que el sistema productivo estaría mejor si de sus buenos resultados económicos se benefician todos los que tienen parte en él (y que las crisis deben repartir también sus efectos negativos de la manera más justa posible); somos trabajadores conscientes de que la empresa (o nuestro trabajo autónomo) es el escenario para la consecución de una parte de nuestros objetivos vitales y, por tanto, un bien a cultivar, un escenario en el que todos tenemos derechos y obligaciones; que estamos puntual y coyunturalmente fuera de esas tareas por motivos muy diversos, pero no porque una maldición (o una venganza) de nadie nos lo imponga, y que tenemos derechos a que se nos atienda en nuestras necesidades vitales.

Estamos **en la vida diaria de nuestros barrios, pueblos y ciudades**, aportando nuestro esfuerzo en las asociaciones cívicas, deportivas, religiosas o de cualquier otro tipo, para la mejora de nuestro entorno vital y **para que la voz de la sociedad civil sea escuchada y tenida en cuenta por los representantes públicos**, por encima de sus intereses de sectas, círculos y partidos, **como una parte insustituible del sistema democrático** en el que nos desenvolvemos.

Estamos **en todos los territorios y rincones de España (o en el extranjero)**, con los mismos derechos y deberes y con las mismas posibilidades de desplegar nuestras habilidades, conocimientos y especializaciones, para, con ello, contribuir a la mejora de la sociedad y al bien de la ciudadanía de todo el país; que en nuestras reivindicaciones no introduzcamos elementos que privilegien a unos territorios sobre otros, que se acepten mecanismos de solidaridad entre ellos de la misma forma que los que la reciben tengan clara su obligación de contribuir, en la medida de sus posibilidades, a la generación de riqueza para todos...

La muy **amplia ciudadanía que nos identificamos en estas actitudes empezamos a estar hartos de los dirigentes** (y de quiénes les siguen) que priorizan el enfrentamiento, la descalificación, la disputa a “cara de perro”, la propagación de consignas, bulos y mentiras, la sacralización de “nuestro” derecho a gobernar, la negación de los derechos de los demás, la exageración de “nuestras” bondades y el olvido sistemático de las de los otros... Y, por supuesto, de quiénes buscan la diferenciación sobre bases étnicas, territoriales o culturales en un país que, siendo uno de los europeos que más tiempo lleva unido y mezclándose, más difícil tendría la puesta en marcha de divisiones y separaciones artificiales; para esa diferenciación arguyen razones que, simplemente, ocultan la más desvergonzada de todas las posibles: que ellos son ricos y se creen cultos y no soportan relacionarse con las “bestias humanas” que, en otros tiempos, les sirvieron de empleados baratos y hoy tienen derechos. Lo que no se entiende es cómo siendo, en definitiva, razones clasistas las que se esgrimen para la separación, los que se dicen defensores del pueblo, de la gente, de los humildes, les acompañan en su aventurerismo. La única razón: les puede su afán antisistema a cualquier otra consideración. No les sigamos el juego.

**MARTÍN RÍSQUEZ**